

TOMAR LA INICIATIVA COMO ANCIANOS Y HERMANOS RESPONSABLES

(Día del Señor: segunda sesión de la mañana)

Mensaje ocho

Tomar la iniciativa de laborar con el Señor por el bien del Cuerpo

Lectura bíblica: 1 Co. 12:27; Ef. 4:12, 16; Cnt. 6:13; 7:1-13

- I. **Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, debemos comprender que en el recobro del Señor hay una sola obra: la obra del Cuerpo; lo que hacemos hoy no es nuestra obra personal, sino la obra de la economía de Dios, que consiste en edificar el Cuerpo de Cristo—1 Co. 15:58; 16:10; Ef. 4:12.**
- II. **Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, debemos conocer la obra central que Dios realiza—3:17a; Fil. 2:13:**
 - A. La obra central de Dios, Su única obra, consiste en forjarse en Cristo en Sus escogidos, haciéndose uno con ellos por causa del Cuerpo de Cristo—Gá. 4:19; Ef. 3:17a; 4:16.
 - B. El principio en la obra de Dios consiste en ganar personas y por medio de ello obtener un camino por el cual avanzar para llevar a cabo Su economía—Hch. 9:15; 13:1-2:
 1. La prioridad correcta no es que nosotros laboremos para Dios, sino más bien que Dios se forje en nosotros—Ef. 2:10; Fil. 2:13.
 2. No se trata de que nosotros trabajemos para el Señor, sino más bien que Él trabaje en nosotros; por lo tanto, no debemos ser simplemente los obreros del Señor, sino la obra de Dios—Ef. 2:10.
 - C. La clase de persona que somos determina la clase de fruto que producimos; si nuestra persona no es la apropiada, quizás edifiquemos algo mediante nuestras acciones, pero será mucho más lo que derribaremos por causa de lo que somos—Mt. 7:17-18.
- III. **Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, es preciso que comprendamos que la obra de Dios tiene ciertas características esenciales:**
 - A. La iniciación de la obra de Dios debe ser conforme a Su voluntad—15:13; 1 Co. 8:6.
 - B. El avance de la obra de Dios debe ser conforme a Su poder—2 Co. 3:5; Fil. 3:10.
 - C. El resultado de la obra de Dios debe ser que Él obtenga la gloria—Jn. 7:17-18; Ef. 3:21.
 - D. Ninguna obra debe ser iniciada por nosotros mismos, ninguna obra debe llevarse a cabo con nuestro poder ni ninguna obra debe resultar en nuestra propia gloria.
- IV. **Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, [con respecto a nosotros] no debe haber ninguna diferencia entre vida, obra y mover—Mr. 1:14-45:**

- A. Con respecto al Señor Jesús no había diferencia alguna entre vida, obra y mover:
 - 1. El Señor laboraba en todo lugar y en todo momento porque Su vida, Su obra y Su mover eran una misma cosa; Su vida era Su obra, Su ministerio.
 - 2. Con respecto al Señor Jesús cada aspecto de Su vida era igual; no había distinción entre vida y obra.
- B. Así como la vida del Señor era Su obra, del mismo modo nuestro vivir debe ser nuestra obra—Fil. 1:20-21a.
- V. Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, debemos laborar valiéndonos de una vida que es plenamente capaz y plenamente madura, la cual puede adaptarse a todas las situaciones, es decir, puede resistir cualquier tipo de trato, aceptar cualquier clase de medio ambiente, obrar bajo cualquier clase de condiciones y aprovechar cualquier oportunidad, con el fin de llevar a cabo su ministerio—Jn. 14:6a; Hch. 27:22-25; 2 Co. 6:1-13.**
- VI. Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, debemos estar dispuestos a completar lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo, que es la iglesia—Col. 1:24.**
- VII. Si deseamos laborar con el Señor por el bien del Cuerpo, debemos llegar a ser la sulamita, aquella que está calificada para laborar con el Amado—Cnt. 6:13; 7:1-13:**
 - A. En El Cantar de los Cantares 6:13, la amada, habiendo experimentado diversas etapas de transformación, se ha convertido finalmente en la sulamita, la réplica de Salomón:
 - 1. Ella es igual a Salomón en vida, naturaleza, expresión y función, del mismo modo en que Eva era igual a Adán—Gn. 2:20-23.
 - 2. Esto quiere decir que cuando la vida de Cristo ha alcanzado plena madurez en la que ama a Cristo, ella llega a ser igual a Él en vida, naturaleza, expresión y función, mas no en la Deidad—2 Co. 3:18; Ro. 8:29.
 - B. En El Cantar de los Cantares 7:1-9a la sulamita está calificada para ser la colaboradora de Salomón; esto indica que finalmente los que aman a Cristo deben participar en la obra del Señor—1 Co. 15:58; 16:10; Ef. 4:12.
 - C. El Cantar de los Cantares 7:9b-13 revela que la amada labora junto con el Señor, el Amado, por el bien del Cuerpo:
 - 1. Participar en la obra del Señor no consiste en trabajar *para* el Señor sino *con* Él—1 Co. 3:9a; 2 Co. 6:1a.
 - 2. Para laborar con el Señor tenemos que ser uno con Él; de hecho, para laborar con Cristo tenemos que llegar a ser Cristo—1 Co. 6:17; Jn. 15:4-5; Fil. 1:21a.
 - 3. Para laborar con el Señor por el bien del Cuerpo es necesario que alcancemos la madurez en vida—Ef. 4:13-14:
 - a. Para participar en la economía neotestamentaria de Dios es necesario que crezcamos y maduremos en la vida de Dios—1 Co. 2:6; Col. 1:28.
 - b. La madurez consiste en que la vida divina nos es impartida una y otra vez hasta que poseamos la plenitud de vida—Jn. 10:10b; 2 Co. 5:4b.

4. Para laborar con el Señor, nuestra obra debe ser realizada en beneficio de Su Cuerpo—Ef. 4:4, 16:
 - a. El Cuerpo es la ley que rige la vida y la obra de los hijos de Dios hoy—1:22-23; 1 Co. 12:4-6, 12-13, 27.
 - b. La obra que el Dios Triuno realiza en nuestro ser tiene como fin producir y edificar el Cuerpo de Cristo—Ef. 3:16-21; 4:4-6, 12, 16.
 - c. Nuestra obra en el recobro del Señor es la obra del Cuerpo de Cristo—1 Co. 15:58; 16:10; Ef. 4:12.
 - d. Todos los colaboradores deben hacer universalmente la misma obra en beneficio del único Cuerpo; el punto de partida de la obra es la unidad del Cuerpo—v. 4; 1 Co. 16:10.
 - e. Según El Cantar de los Cantares 7:11, la que ama a Cristo desea llevar a cabo, junto a su Amado, una obra que abarque el mundo entero (el campo) al peregrinar de un lugar a otro (alojándose en las aldeas); esto indica que nuestra obra debe redundar en el beneficio del Cuerpo—Ef. 4:12.
 - f. “Cuando los hijos de Dios vean la unidad del Cuerpo, verán también la unidad de la obra y, como resultado, serán librados de hacer una obra individualista para participar en la obra del Cuerpo” (*The Collected Works of Watchman Nee* [Recopilación de las obras de Watchman Nee], t. 37, pág. 244).
5. En las iglesias (las viñas) la que ama a Cristo le entrega su amor a su Amado—Cnt. 7:12:
 - a. Allí donde se realiza la obra del Señor, la amada le expresa su amor; mientras laboramos en la obra del Señor, le entregamos nuestro amor—Mr. 12:30.
 - b. Aquí vemos la relación que existe entre el primer amor y las primeras obras—Ap. 2:4-5:
 - (1) Las primeras obras son aquellas que son fruto del primer amor y lo expresan.
 - (2) Cuando el primer amor por el Señor llena todo nuestro ser, entonces todo cuanto hacemos es fruto de nuestro amor por Él y expresa tal amor y, como resultado, laboramos con el Señor, el Amado, por el bien del Cuerpo—Ef. 3:19; 4:16.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

VIVIR Y LABORAR CONFORME AL SIGNIFICADO CRISTALIZADO DEL CUERPO DE CRISTO

El significado esencial y cristalizado del Cuerpo de Cristo es que el Dios Triuno se mezcla con Su pueblo escogido y redimido hasta formar una sola entidad orgánica. A menos que comprendamos este significado cristalizado y esencial del Cuerpo de Cristo, no podremos llevar a cabo lo que deseamos hacer hoy en la iglesia. Si comprendemos dicho significado esencial, no encontraremos ninguna dificultad.

El Nuevo Testamento no nos habla de la unidad de la iglesia; la unidad no es algo que corresponde a la iglesia, sino al Cuerpo. La oración que el Señor hizo por los creyentes en

Juan 17 era acerca del Cuerpo. Él oró diciendo: “Padre santo, guárdalos en Tu nombre, el cual me has dado, para que sean uno, así como Nosotros [...] para que todos sean uno; como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti, que también ellos estén en Nosotros” (vs. 11b, 21). Los creyentes pueden experimentar esta unidad únicamente si están en el Padre Santo, en el Hijo Santo y en la Trinidad Santa.

La unidad a la cual el Señor aspiraba y por la cual oró en Juan 17 es la unidad del Espíritu descrita en Efesios 4:3-6. Es imprescindible ver que la iglesia es el Cuerpo de Cristo, el cual es una entidad constituida del Dios Triuno y aquellos que Él escogió y redimió. En este Cuerpo se halla la realidad de la unidad. La unidad genuina no corresponde a la iglesia, sino al Cuerpo, es decir, la verdadera unidad es la unidad orgánica del Cuerpo. En la localidad, esta unidad es llamada *unanimidad*. Sin la unidad del Cuerpo, no sería posible experimentar la unanimidad en la iglesia.

El hermano Nee verdaderamente conocía a Cristo y Su Cuerpo. La obra que él llevó a cabo no era para su beneficio en absoluto; no llevó a cabo su propia obra. Él jamás intentó “echarse al bolsillo” a ninguna de las iglesias que fueron levantadas por él. El hermano Nee fue un pionero en cuanto a esto, y yo soy su seguidor. Gracias al Señor, él verdaderamente fue un excelente modelo para mí, y por ello puedo aún estar ministrándoles aquí hoy [...] Hoy en día también puedo testificarles que nunca llegué a echarme “al bolsillo” a las iglesias de Taiwán. Ni el hermano Nee ni yo llevamos a cabo una obra de índole personal; antes bien, llevamos a cabo la obra del recobro del Señor. El recobro del Señor tiene como fin la edificación del Cuerpo de Cristo.

Realizar únicamente la obra del recobro del Señor

Cualquiera que tenga la visión fácilmente puede darse cuenta de que ni el hermano Nee ni yo llevamos a cabo una obra personal; nuestra obra es la obra de recobro que el Señor realiza a favor de la edificación del Cuerpo de Cristo. Digo esto con la esperanza de poder influenciarlos. El hermano Nee ejerció una gran influencia sobre mí, y espero que él también pueda ejercer tal influencia sobre ustedes.

Los colaboradores deben salir, pero nunca deben hacer la obra de edificar sus propias fortalezas, la obra de los príncipes feudales; ellos deben hacer únicamente la obra del recobro del Señor. Si todos hacemos la obra del recobro del Señor, existirá un solo Cuerpo.

Si miramos en retrospectiva, ¿cuál fue el fruto de la labor del hermano Nee, y cuál ha sido el fruto de mi labor? Todo este fruto queda aquí para que el Señor pueda mostrar gracia a Sus hijos; la obra que llevamos a cabo es el recobro del Señor. Espero que todos podamos ver esto. Tenemos que ver el Cuerpo de Cristo y ver esta visión con toda claridad. Esta visión debe convertirse en la visión que nos rige y nos regula. Debemos hacer la obra del recobro del Señor bajo esta visión. La obra del recobro del Señor es la obra de Su economía, la obra del Cuerpo de Cristo.

Si a una iglesia local no le importa las demás iglesias locales, tal iglesia se ha convertido en una fortaleza donde gobierna un príncipe feudal. Todo el que realice la obra de edificar una fortaleza para regir como un príncipe feudal no tendrá una vida espiritual duradera. Aunque el hermano Nee murió hace más de veinte años, hoy aún podemos ver que su ministerio permanece entre nosotros ministrando a las iglesias para que sigan adelante. Es preciso que todos veamos el Cuerpo y realicemos la obra que es propia del Cuerpo. Todos nuestros problemas, ya sea en la iglesia o en nuestra vida personal, se deben a que no hemos visto el Cuerpo. Aun nuestras actitudes incorrectas para con nuestra esposa se deben a que no conocemos el

Cuerpo. Conocer el Cuerpo no sólo cambia nuestra vida de iglesia, sino también nuestra actitud para con nuestra esposa.

De ustedes depende, no de mí, que realicen la obra de edificar una fortaleza o la obra del recobro del Señor. ¿Laboran ustedes en su localidad simplemente para resguardar su local, simplemente para laborar en beneficio de sus reuniones de distrito o en beneficio de su localidad? Entre nosotros no debiera haber príncipes feudales; únicamente debemos tener una Cabeza, quien es Cristo, la Cabeza del Cuerpo. La obra que realizamos hoy es la obra del Cuerpo de Cristo. El cristianismo está lleno de fortalezas; la Iglesia Católica es una gran fortaleza; la Iglesia Presbiteriana y la Iglesia Bautista también son fortalezas. Incluso todo pequeño grupo independiente es un pequeño fortín. El Cuerpo de Cristo no puede ser visto entre ellos.

Es preciso que veamos que el Cuerpo de Cristo no es la unidad que se halla en una localidad, sino más bien la unidad del Cuerpo, la unidad del Espíritu. Aunque hay miles de iglesias locales, el Espíritu es uno solo. Es imprescindible que en el Cuerpo guardemos la unidad del Espíritu, y que en la iglesia y entre las iglesias locales seamos unánimes. En esto consiste la unidad genuina. (*La visión que nos rige y nos regula según se halla en la Biblia*, págs. 32, 34-38)

EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS

Hemos visto que la buscadora en El Cantar de los Cantares obtuvo varios logros. En primer lugar, ella obtuvo plena satisfacción personal. Luego, como una corona, ella satisfizo al Señor. Por último, llegó a ser un huerto que satisfacía al Señor y al pueblo del Señor. En el cristianismo actual, casi todos dirían que después de esto no se necesita nada más. Nuestra propia necesidad ha sido satisfecha y ahora estamos atendiendo las necesidades de otros. Aparentemente, nada más se necesita, pero ¿qué podríamos decir acerca del cumplimiento del propósito de Dios, la edificación del Cuerpo, la edificación de la ciudad?

Hoy en día casi todos los cristianos se preocupan exclusivamente por sus propias necesidades, mientras que otros, que son más avanzados, se preocupan por las necesidades de otros. Ésta podría considerarse la meta más elevada de la obra cristiana de hoy. Sin embargo, esto no logra cumplir la meta de Dios, la edificación del Cuerpo. A casi nadie le interesa el edificio de Dios. En los pasados diez años, muchos han empezado a hablar acerca de la vida del Cuerpo y del ministerio propio del Cuerpo, pero casi nadie entiende qué es el Cuerpo. El Cuerpo es un edificio; no es un montón de materiales.

Independientemente de cuánto hagamos para obtener nuestra satisfacción y de cuánto ayudemos a otros a estar satisfechos, no iremos muy lejos. El propósito de Dios aún no se ha cumplido. Es por ello que después de todos los logros de la buscadora, queda faltando un paso, a saber, atender el propósito eterno de Dios, la edificación del Cuerpo, la cual es la edificación de la ciudad. No se trata simplemente de estar satisfechos ni de satisfacer a otros, sino de llevar a cabo el propósito eterno de Dios.

DOS ASPECTOS DEL SUFRIMIENTO DEL SEÑOR

¿Cómo puede efectuarse la edificación del Cuerpo? Con respecto a los sufrimientos del Señor, debemos ver dos aspectos. El primero tiene que ver con la obra redentora. Conforme a este aspecto, el Señor Jesús sufrió en la cruz para efectuar la redención a nuestro favor. Esto lo han visto muy fácilmente todos los cristianos. Sin embargo, los sufrimientos del Señor involucran otro aspecto: los sufrimientos que Él experimentó para formar y edificar el Cuerpo. Hoy los cristianos en su mayoría ignoran completamente este aspecto importante de los sufrimientos del Señor. Es por ello que Pablo dijo en Colosenses 1:24: “Ahora me gozo en lo

que padezco por vosotros, y de mi parte completo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo, que es la iglesia”. Pablo dice que él completaba lo que faltaba de las aflicciones de Cristo. En cuanto a los sufrimientos que el Señor experimentó para efectuar la redención no hay carencia alguna. Sería una herejía que dijéramos lo contrario. Con respecto a la redención, los sufrimientos del Señor han sido completados y son suficientes desde todo punto de vista. Sin embargo, Sus sufrimientos relacionados con la producción, formación y edificación del Cuerpo están muy lejos de ser completados. Es por eso que Pablo nos dijo que sus sufrimientos completaban lo que faltaba de los sufrimientos del Señor. Si bien es cierto que no podemos sufrir para que se efectúe la redención, ciertamente todos debemos sufrir para que se lleve a cabo la edificación del Cuerpo.

Si usted es alguien que simplemente procura la espiritualidad para su propia satisfacción, no sufrirá mucho. Al contrario, todo el pueblo de Dios lo apreciará y hablará bien de usted por procurar la espiritualidad. Si desea ir más allá y atender las necesidades de otros, será aún más admirado. Los religiosos nunca le causarán problemas. Sin embargo, una vez que empiece a ver la necesidad de la edificación del Cuerpo y a entregarse a este fin, ciertamente sufrirá. La mayor parte del sufrimiento no provendrá del mundo, sino del cristianismo.

Los sufrimientos que el Señor Jesús experimentó para producir el Cuerpo, no provinieron del mundo gentil, sino del mundo religioso judío. Asimismo, los sufrimientos de Pablo y los demás apóstoles no provinieron tanto de los gentiles, sino principalmente de la religión judía, y en cierto modo, de la religión cristiana. Filipenses 1 nos muestra que incluso algunos de los predicadores cristianos lo persiguieron. Esto se debió sencillamente a que Pablo estaba a favor de la edificación del Cuerpo.

Hoy en día sucede exactamente lo mismo. Si solamente procuramos ser espirituales y cuidar de otros, sin preocuparnos por el Cuerpo, todo el cristianismo se sentirá muy contento con nosotros. Nos darán la bienvenida, nos invitarán y nos darán buena fama. Incluso podríamos convertirnos en un famoso predicador, pastor o misionero. Sin embargo, una vez que vemos la visión del Cuerpo y nos olvidamos de toda búsqueda personal y de cuidar de otros a fin de edificar el Cuerpo de Cristo, todo el cristianismo se levantará en contra de nosotros. No obstante, debemos sufrir para completar lo que falta de las aflicciones de Cristo por Su Cuerpo.

Incluso después de que la buscadora en El Cantar de los Cantares obtiene el cuarto logro en el que llega a ser un huerto, el Cuerpo aún sigue descuidado. Aún no se ha edificado nada de la ciudad. Por lo tanto, ella necesita dar un paso adicional para cumplir el propósito eterno de Dios de edificar el Cuerpo. Si estamos dispuestos a dar este paso adicional, definitivamente tendremos que participar de los padecimientos de Cristo. Es por ello que el apóstol Pablo usó la expresión “la comunión en Sus padecimientos” en Filipenses 3:10. Debemos participar en Sus padecimientos, no con relación a la redención, pues ésta ya fue consumada, sino con relación a la edificación del Cuerpo, la cual aún no se ha terminado por completo. Todos debemos participar en la comunión en Sus padecimientos a fin de ser configurados a Su muerte por el bien de Su Cuerpo. (*La vida y la edificación como se presentan en Cantar de los Cantares*, págs. 137-140)

OBRA JUNTAMENTE CON SU AMADO

Hemos visto la lista de los requisitos que la amada llena. Ahora veamos que ella labora juntamente con su Amado (Cnt. 7:9b-13).

“Ven, amado mío, salgamos a los campos, moremos en las aldeas” (v. 11). En este versículo se revela que ella desea llevar a cabo juntamente con su Amado la obra destinada al mundo

entero, al peregrinar de un lugar a otro. Esto indica que ella no es sectaria. En la obra del Señor, no es fácil mantener nuestra obra abierta a los demás y no hacer de ella una obra exclusiva. Debemos aprender a mantener la obra abierta, para que otros puedan venir y morar allí, y para poder nosotros morar en otra parte. Esto es mantener una sola obra en el Cuerpo.

“Levantémonos temprano y vayamos a las viñas; veamos si brotan las vides, si están en ciernes, si han florecido los granados; allí te daré mis amores” (v. 12). Ella y su Amado laboran con diligencia en las iglesias, pero no para el bien de ella, sino para que otros broten y florezcan; allí ella da su amor a su Amado. Si laboramos de esta manera, los demás recibirán mucha ayuda.

“Las mandrágoras exhalan su fragancia, y sobre nuestras puertas hay toda clase de frutas escogidas, nuevas y añejas. Éstas, amado mío, he guardado para ti” (v. 13). En su colaboración con su Amado, el amor mutuo (representado por las mandrágoras, Gn. 30:14) produce una fragancia entre ellos como pareja amorosa, lo cual representa el amor nupcial entre la amada y Cristo, y en sus lugares de trabajo tienen muchas frutas aromáticas y escogidas, nuevas y añejas, que ella almacena para su Amado en amor.

Debemos aprender a laborar para el Señor de un modo que le sea agradable. Si en nuestra labor buscamos únicamente nuestro propio gozo, ya hemos fallado. Debemos laborar para Su gozo, llevando muchos frutos de amor con fragancia de amor.

Participar en la obra del Señor no significa trabajar para el Señor, sino obrar juntamente con El; esto requiere una vida madura.

Por experiencia hemos aprendido que si queremos laborar juntamente con el Señor, debemos ser maduros en vida y enseñar las verdades elevadas. El Cantar de los Cantares no recalca la verdad, pues la menciona una sola vez (*Amana* quiere decir “verdad”, 4:8). Sin embargo, en él vemos que si queremos laborar juntamente con el Señor, necesitamos madurar en vida, ser uno con el Señor y hacerlo todo con miras a Su Cuerpo. Nuestro Señor es nuestro Salomón, y nosotros debemos ser Su sulamita, es decir, debemos ser uno con el Señor. En realidad, para laborar con Cristo, debemos ser Cristo. Pablo era un verdadero sulamita, porque él vivía a Cristo (Fil. 1:21).

La sulamita labora como complemento de Salomón, cuidando todas las viñas (Cnt. 8:11). Esto indica que debemos laborar por el beneficio del Cuerpo, no por una sola ciudad. Debemos tener una obra que esté dirigida al mundo entero. Esto es lo que Pablo hizo al establecer iglesias locales y al laborar con el fin de ayudarles a experimentar plenamente el Cuerpo de Cristo. (*Estudio-vida de Cantar de los Cantares*, págs. 59-61)